

Domingo 4 Adviento. Año A

Lectio divina sobre Mt 1,18-24

El evangelio hoy quiere prepararnos a una celebración gozosa y *consciente* del misterio de la Navidad: nuestro Dios tomó un día la decisión de hacerse como uno de nosotros y, desde aquel día, es -¡y para siempre!- 'Dios-con-nosotros'. ¿Cómo no mostrarse reconocidos ante un Dios que quiso ser nuestro semejante, orgullosos incluso por tener en Dios que optó por nacer, crecer, sentir, vivir y morir como uno de nosotros? Pero para hacer auténtica nuestra gratitud, habrá que pagar un precio....

Como suele suceder, la buena noticia trae consigo una no tan buena..., para algunos. Dios, cuando se empeñó en ser hombre, tuvo que pedir ayuda para lograrlo. Y no les fue muy bien a quienes le ayudaron. José, como antes María, tuvieron que pagar un alto precio para hacerle posible a Dios convertirse en hombre. De eso trata el evangelio hoy.

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

-«José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.»

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que habla dicho el Señor por el Profeta: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros".»

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Aunque se presente como crónica del nacimiento de Jesús, el relato evangélico es, más bien, la proclamación del origen divino de la maternidad de María. Cuanto se narra ocurre antes de que Jesús nazca. Antes, incluso, de que sus padres vivan juntos. No se habla, pues, de nacimiento, sino de una gestación intempestiva.

El pasaje tiene *tres partes*: la primera, la rápida y neutral narración de la concepción de Jesús antes de que María, la madre, cohabitara con José, el esposo; la segunda, el mensaje angélico que sueña José y en el que un ángel da razón del imprevisto embarazo de María; la tercera, la escueta constatación de la obediencia inmediata de José, el justo marido. No porque el relato se reduzca a narrar los hechos de forma casi aséptica, sin que asome emoción alguna, hay que desconocer su alto contenido dramático para los protagonistas: una madre indefensa y un esposo 'burlado' son las 'víctimas' en este anuncio del nacimiento de Jesús.

La decisión de Dios de entrar en la historia humana interfiere en la vida de algunos. ¡Y cómo! María, siendo aún virgen, es ya madre; José, antes de convivir con su esposa, debe renunciar a generar el niño, pero tendrá que hacer de padre. *Dios, aunque se haya metido directamente en sus vidas, no se explica directamente, sino por medio de un mensajero*: el ángel, y aprovechando que José sueña, es el encargado de 'explicar' lo acontecido. Las palabras del mensajero son el *centro del relato*: desvelan que el Espíritu está al origen de la concepción del hijo de María, le imponen un nombre y la misión de salvador y anuncian el cumplimiento de la profecía. Aclarada la situación, el justo esposo no tiene más opción que asentir sin demoras: deja de soñar para ponerse a obedecer.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Que Dios quiera serlo con nosotros le impide serlo sin nosotros. Dios no podría ser Dios-con-nosotros, si no se lo consentimos; pero el permitirselo nos obliga a la obediencia radical. Dios entra en nuestro mundo inesperadamente, pero no de balde. A quien Dios más se acerca, más le exige.

Sin aviso previo y ni, mucho menos, con su consentimiento, José descubre que María, su prometida, espera un niño que él no ha generado. El narrador se apresura a indicar el origen divino del embarazo, pero ello no deja menos perplejo a José: le habría sido más fácil imaginarse una infidelidad en su prometida que una concepción virginal. Sin haber superado aún la incertidumbre, José, *justo como era*, decide repudiarla secreto; que quiera abandonar a María sin hacerlo público no cumple la ley (Dt 24,1). La justicia de José no se basa, pues, en la obediencia a una ley sino en la aceptación del plan que

Dios ha pensado para él y que su mensajero le va a desvelar. *José afronta una situación muy penosa sin muchas luces y con tanta consideración para con su prometida a la que piensa abandonar sin exponerla al oprobio. La maternidad de María le puso en un grave aprieto.* Que Dios le explicara a José la situación, consumado el hecho, y le descubriera el porvenir del niño no le hizo más fácil su aceptación.

La intervención de Dios en María dejó a José sin el lugar que hubiera querido ocupar en aquella familia; antes de convivir con María, *José tuvo que decidir si, aceptando a María ya madre, aceptaba la intromisión de Dios en su vida íntima y la aniquilación de sus proyectos más personales.* Saber que con el nacimiento de Jesús se cumplía la profecía antigua y terminaba la espera del salvador prometido, no le ahorró tener que sacrificar su sueño mejor: *para ser guardián de la familia de Dios, tuvo que renunciar a ser padre; por tener que hacer de padre d hijo de Dios, no pudo hacer de esposo.* Tuvo que resignarse a apadrinar un hijo que él no había engendrado; tendría que ser padre toda su vida de una vida que no era responsable. *Así se las gasta el Dios de la encarnación.*

José fue, sin duda, junto con María, quien más alto precio tuvo que pagar para hacer posible la encarnación de Dios: *porque Dios quiso serlo con nosotros, no le quedó a José más remedio que permitir que Dios le 'secuestrara' la vida que había planeado junto María.* Porque encontró en José un hombre que supo renunciar a su sueño y despertar a una vida de obediencia, Dios pudo serlo nuestro, uno más entre nosotros, uno de los nuestros.

Hubo, pues, navidad porque Dios se nos hizo hombre... y porque unos hombres, como José y María, le prestaron sus vidas para que Dios entrara en el mundo; la obediencia radical, que les supuso aceptar un plan que, como el niño anunciado, no era propio, sino de Dios, hizo posible la realización del plan de Dios y el nacimiento de su Hijo. *Habrà, de nuevo, navidad cuando Dios vuelva a encontrar creyentes que quieran renunciar a sus planes, a sus hijos, a su presente y a su futuro, para ponerse totalmente a disposición de Dios.*

Hubo navidad cuando Dios encontró un padre para su hijo en el hombre que tuvo que renunciar a ser esposo de María. *Habrà de nuevo navidad siempre que haya creyentes dispuestos a sacrificar sus proyectos personales para permitir a Dios que realice con ellos lo suyos.*

Recordar hoy a José, nos debería volver *más cautos en nuestra alegría y más serios en la preparación personal* ante la navidad. Nadie como José, a excepción de María supo con antelación los planes que Dios tenía de hacérsenos semejante, nadie como él, junto con María, tuvo que pagar precio tan alto, para permitir a Dios que realizara su propósito. A cuantos deseamos celebrar Dios hecho hombre, el recuerdo de José nos hace caer en la cuenta de que cuando Dios se acerca a los hombres, nunca llega en vano, ni gratis. La primera navidad fue posible no sólo porque Dios quiso ser hombre, sin también porque se encontró con hombres que le dejaron ser Dios con ellos, en sus vidas, aunque ello les supusiera tener que renunciar a sus propios proyectos y a la forma de vida con la que tanto habían soñado.

Es pura ilusión querer celebrar la navidad, el misterio del Dios-con-nosotros, y negarse a aceptar que Dios pueda disponer de nosotros. Dios entraría en nuestro mundo, Dios se convertiría en uno como nosotros, Dios repetiría hoy su primera navidad con nosotros, si encontrara, como en la primera, hombres que, al igual que José, asuman sus exigencias y se presten a lo que les pida. *Le están haciendo falta al Dios de la encarnación creyentes que, como José, hagan propio el plan de Dios, se atrevan a apadrinar a su hijo, a costa de consentirle que interfiera en sus propios planes y secuestre incluso sus mejores ilusiones.* ¡Lástima que por ello, y aunque volvamos a celebrar la navidad cuantas veces, Dios no logre entrar en el mundo!

Crear en la navidad hoy implica estar disponibles para que Dios la pueda recrear: no le faltan ganas a nuestro Dios de hacérsenos semejante; le están faltando creyentes que se fíen tanto de Él que le acepten en sus vidas sin reparos. *Ojalá encuentre este Dios en alguno de nosotros la justicia que encontró en José: el mundo volvería a tener de nuevo a Jesús.* Esa es nuestra oportunidad y nuestra responsabilidad.